

**TERCER DOMINGO DESPUES
DE LA EPIFANIA.**

Antes de entrar en el exámen de los asuntos que pueden sacarse del evangelio de este día, debemos dar una regla general acerca de todos los evangelios que, como el presente, refieren alguna curacion milagrosa, y es, que las diferentes enfermedades corporales que el Salvador curó, eran simbolos de las varias dolencias espirituales que cura su gracia; y que los medios que él empleaba para curar los cuerpos, son figuras de los medios que se han de adoptar para conseguir la salud de las almas. Así que, cuando se quiere explicar un evangelio que contiene alguna de estas curaciones, es necesario atender á tres cosas: 1.^a cuál sea el carácter de la enfermedad de que se trata: 2.^a á qué dolencia del alma corresponde el carácter de aquella enfermedad: 3.^a qué medios empleó Jesucristo para curarla, y cuáles fueron las circunstancias que acompañaron la curacion. Con estas tres cosas á la vista, siempre se tendrá expedito el curso que se ha de dar á la plática que se quiera hacer sobre cualquier evangelio que refiera alguna curacion. Por ejemplo, el evangelio de hoy refiere la curacion milagrosa de un leproso. Lo primero que ocurre por examinar aquí es, qué especie de enfermedad sea la lepra, y se dice que es una enfermedad que, siendo causada por la corrupcion de la masa de la sangre, cubre toda la piel del doliente de manchas y úlceras asquerosas, le desfigura horribilmente, y le priva del trato y comunicacion con los demás hombres. Luego se pasa á explicar á

cuál dolencia del alma convienen con mas exactitud estos caracteres de la lepra, y se dice que al pecado mortal, por cuanto él quita al alma toda la hermosura que le daba la gracia, inficiona y arruina todo el bien que ella ha hecho, y la priva de la comunicacion amorosa que tenia con Dios, haciendo que quede abandonada de él, cual esposa repudiada de su consorte. Al último se exponen las diligencias que practicó el leproso para alcanzar del Salvador la curacion; y dicho que estas fueron acudir á él con fe, humildad y arrepentimiento de sus culpas, se concluye que estas mismas diligencias ha de hacer el pecador para curar de su lepra espiritual.

Siguiendo esta regla, á mas del asunto que acabamos de indicar, se puede componer otro sobre la tibieza espiritual, deduciéndolo de la segunda curacion de que nos habla el evangelio de este día. Para componerlo se tendrá presente que á poco rato de haber Jesucristo curado al leproso, se le presentó un capitán del ejército de Tiberio, que estaba de guarnicion en Cafarnaum, suplicándole se dignase curar á su asistente, que habia contraído una parálisis repentina y completa. El Salvador, que no hacia distincion entre judios y gentiles, y que hacia sentir igualmente á todos los efectos de su bondad, vista la gran fe y confianza del capitán romano, le otorgó al momento la gracia que le pedia, dando perfecta salud á su criado. Expuesto esto, se dirá que la parálisis corporal de que estaba atacado el criado del Centurion, es figura de la perlesia espiritual que aqueja á muchos cristianos, que es la tibieza en el servicio de Dios; pues así como el paralítico es, digámoslo así, un hombre medio vivo y medio muerto, porque ha perdido el uso de una parte de sus miembros, y aunque no ha perdido del todo la vida, está en peligro inminente de perderla luego; del mismo modo el tibio es una mezcla de bien y de mal, lo que hace su estado sumamente peligroso, porque, sin que él lo conozca, está próxi-

mo á perder la vida de la gracia. En llegando aquí, se harán tres cosas : 1.^a una descripción exacta de la tibieza, teniendo empero cuidado en no exagerar la verdad : 2.^a un detalle circunstanciado de los peligros que corre el tibio, tanto por el horror que Dios le tiene, como por los grandes pecados en que está próximo á caer : 3.^a una enumeración sucinta de los remedios eficaces para salir del estado de tibieza, cuales son, meditar con alguna frecuencia las verdades eternas ; aplicarse un poco menos á los negocios temporales, y cuidar un poco mas del de la salvación ; persuadirse, y reflexionarlo á menudo, que sin hacerse una santa violencia no se entra en el reino de los cielos.

De aquellas palabras : Filii autem regni ejicientur in tenebras exteriores se podrá, si se quiere, tomar motivo para predicar sobre el infierno. El sermón se arreglará así : Referida al pié de la letra la segunda curación de que habla el presente evangelio, y ponderado el elogio que el Salvador hizo de la fe del Centurion, diciendo que mas fe habia hallado en él, no obstante de ser gentil, que en ninguno de los hijos de Israel, al llegar á aquellas palabras : Filii autem regni, etc., se dirá : ¿Qué cosa mas terrible que este oráculo del Salvador? Él asegura que los hijos del reino, es decir, los que eran destinados á poseer eternamente el reino de los cielos, serán excluidos de él por sus culpas, y arrojados á las tinieblas exteriores, esto es, al fuego eterno. Si esta desgracia solo comprendiese á los judíos que no quisieron reconocer al Mesías, paciencia : pero ¡ah! ella comprende á muchísimos cristianos, que se la atraen con su vida criminal. El gran medio de librarse de esta desgracia es, penetrarse bien de los males que experimenta un condenado en el infierno. Aquí se dice la plática que está puesta en el Catequista orador, tomo 1.^o, pág. 235, ó la que se halla en este Arte pastoral, tomo 1.^o, pág. 209.

La lepra espiritual.

Ecce leprosus veniens, adoravit eum dicens : Domine, si vis, potes me mundare. (Matth. viii, 2).

Un año despues que Jesucristo habia comenzado su vida evangélica, sucedió que, bajando de un monte donde acababa de predicar á un gran concurso de personas, un hombre cubierto de lepra fué á echarse á sus piés, suplicándole se dignase curarle. El Salvador, viendo su humildad y su fe, oyó benignamente su súplica, alargó la mano, le tocó, y al punto quedó sano.

La lepra, segun los expositores, es figura de una enfermedad espiritual que desgraciadamente aqueja á muchos cristianos, cual es el pecado, por manera que los mismos efectos que la lepra causa en el cuerpo, el pecado los produce en el alma con la debida proporcion. Para que los comprendais bastará daros algun conocimiento de la enfermedad llamada lepra, la cual fue muy comun entre los orientales, y es aun bastante conocida en los países cálidos.

La lepra, pues, es una enfermedad que, siendo causada por la corrupcion de la sangre, cubre toda la persona de úlceras asquerosísimas, las que chorrean podre por todas partes. Por ella queda la persona horriblemente desfigurada, y es tal el asco que causa el mirarla, que Dios tenia mandado en la ley antigua que á los leprosos se los expulsase de las ciudades, y se les obligase á vivir en despoblado. De ahí es, que el infeliz leproso se hace insoportable á sí mismo, arrastra una vida triste é intolerable, la que poco á poco se va consumiendo, y al fin acaba con una muerte lastimosa¹.

¹ Alapide, viii in Matth.

Pero ¡ah! por muy triste que sea el estado de un leproso, no tiene comparacion con el de una alma esclava del pecado. El pecado produce en el alma tres efectos muy parecidos á los que la lepra causa en el cuerpo ; pero tanto mas funestos , cuanto los males espirituales son mas para sentirse que los corporales. La lepra desfigura el cuerpo, y el pecado quita toda la hermosura del alma : la lepra inficiona todos los miembros del leproso, y el pecado arruina todos los bienes espirituales del pecador : la lepra priva del trato de los hombres, y el pecado hace que se quede abandonado de Dios. Haga el Señor que el conocimiento de estos tres efectos deplorables del pecado despierte á cuantos pecadores me escuchan, y los induzca á buscar la gracia en el sacramento de la Penitencia.

Así como el primer efecto que la lepra causa en el cuerpo, es desfigurarle enteramente ; así el primer estrago que el pecado causa en el alma, es quitarle toda su hermosura. Es cierto, y vosotros lo veríais si Dios ilustrase vuestro entendimiento, que una alma justa, es decir, una alma adornada de la gracia habitual, de las virtudes infusas, de los dones del Espíritu Santo y de mil otros atavíos espirituales, tiene una hermosura tan grande y admirable, que todas las hermosuras corporales que admiramos en este mundo, comparadas con ella, no son mas que lodo y basura. Lodo toda la brillantez de los diamantes y demás piedras preciosas de la India, lodo toda la galantería de los prados y jardines en la primavera, lodo todo el resplandor del sol, de la luna y de las estrellas. Basta decir, que el mismo Dios se muestra como arrebatado con su vista, y exclama herido de amor : ¡Qué hermosa eres, alma querida mia, qué hermosa eres! Hasme herido el corazon :

*Quàm pulchra es, amica mea, quàm pulchra es!... Vulnerasti cor meum*¹.

Si nosotros pudiésemos ver el alma de alguno de esos justos que están aquí presentes, si pudiésemos ver la de ese anciano decrepito, pero virtuoso, cuyas canas miramos con desprecio ; la de esa mujer andrajosa, pero justa, cuyos harapos nos provocan á náusea ; la de esa doncellita pobre, pero inocente, á quien apenas nos dignamos mirar ; ¡ah! si las pudiésemos ver... pronto cambiaríamos de sentimientos respecto de ellos, pronto nuestro desprecio se mudaria en admiracion y respeto, pronto iríamos á besar los piés á esos mismos que al presente tratamos con el mas alto desden. ¿Por qué? Porque siendo por la gracia copias bellísimas de la hermosura de Dios, nuestra ignorancia los tomaria por el mismo original, y los creeria dignos de adoracion.

Pero supongamos — no permita Dios que esta suposicion llegue jamás á ser verdadera — pero supongamos que alguna de estas almas cometiese un pecado mortal, ¡ah! en el mismo instante quedaria tan fea, abominable y asquerosa, que si Dios nos mostrase su interior, nos taparíamos los ojos para no verla, y horrorizados huiríamos precipitadamente de esta iglesia. La que al presente es, como dice Jeremías, mas blanca que la nieve, mas colorada que el marfil y mas hermosa que el zafiro, despues del pecado seria negra como el carbon, y tan fea como el demonio : *Candidiores nive, rubicundiores ebore antiquo, sapphiro pulchriores. Denigrata est super carbones facies eorum*². Como si esta desgracia hubiese ya sucedido, llora inconsolable el mismo Profeta y dice : ¡Ay, cómo ha perdido el lustre esa alma, poco há mas hermosa que el oro acrisolado! ¡Cómo se ha borrado aquel color vivo que la hacia tan bella

¹ Cant. iv, 1, 9. — ² Thren. iv, 7, 8.

y amable! *Quomodo obscuratum est aurum, mutatus est color optimus?* Su hermosura ha desaparecido, su ornato la ha dejado enteramente: *Egressus est à filia Sion omnis decor ejus.* Ya no es aquel templo hermoso en que Dios se complacia habitar; es una caverna hedionda en la que se revuelcan los espíritus inmundos.

Apostrofando Ezequiel á Lucifer, le decia: ¡Oh querubin hermoso, cómo has caído de la alta dignidad, á la que el Señor te habia encumbrado! Tú eras la principal obra de la creacion, la imágen mas perfecta de la Divinidad, el espejo de toda pureza: *Tu signaculum similitudinis.* El Señor te habia adornado con todas las perfecciones de que es capaz una simple criatura, te habia enriquecido con los dones mas raros de la naturaleza y con los tesoros mas preciosos de la gracia, te habia hecho eminente en poder, en sabiduría y en hermosura: *Plenus scientia, et perfectus decore.* Tú brillabas en el monte santo, como el sol brilla en el firmamento: una corona de oro adornaba tus sienes, y un vestido tejido de piedras preciosas era tu ornamento diario: *Omnis lapis pretiosus ornamentum tuum.* Pero ¡ah! esa hermosura tuya no duró sino el tiempo que te mantuviste inocente: *Donec inventa est in te iniquitas:* despues que la iniquidad entró en tu corazon, no ha quedado en tí ningun vestigio de tu antigua grandeza; has perdido la hermosura de querubin, y has tomado la forma de demonio horrible, capaz de causar espanto á cuantos te vieren: *Omnes qui viderint te, obstupescunt*¹.

Permitidme, cristianos, que, aplicando estas palabras de Ezequiel á nuestro asunto, diga, aunque no sea sino por via de desahogo, á cada una de las almas pecadoras que me escuchan: ¡Oh alma, cómo has perdido aquella hermosura ce-

¹ Ezech. xxviii, 12 et sequent.

lestial con que el Señor te habia distinguido! Tu eras un espejo de pureza, un modelo de perfeccion, una imágen en la que relucia la santidad del mismo Dios: *Tu signaculum similitudinis.* La augusta Trinidad se habia esmerado en adornarte y embellecerte: el Padre te habia vestido con su gracia, el Hijo te habia comunicado sus méritos, el Espíritu Santo te habia infundido sus dones. Tú brillabas entre las almas justas, como el sol brilla entre las estrellas: una corona tejida de méritos circuia tu frente: un vestido mostreado de virtudes era tu ornamento usual: *Omnis lapis pretiosus ornamentum tuum.* Mas ¡ay! despues que cometiste la culpa, no ha quedado en tí ninguna señal de tu primera belleza: el pecado te ha hecho disforme y horrible, de modo que los Ángeles que antes te obsequiaban, admirando tu hermosura sobrenatural, viendo ahora tu ignominia, apartan de tí la vista y te desprecian, como dice Jeremías: *Omnes qui glorificabant eam, spreverunt illam; quia viderunt ignominiam ejus*¹. ¿Quién tendrá suficientes lágrimas para llorar tu desgracia? Pero reservémoslas para llorar otro mal todavía peor que el pecado causa al alma.

Así como la lepra inficiona todas las partes del leproso, del mismo modo el pecado arruina todos los bienes espirituales del pecador. ¿Habeis visto una viña cuando allá en otoño ostenta sus verdes pámpanos cargados de racimos ya maduros? ¡Oh qué vista tan bella! Pero dejad que una nube venga á descargar sobre ella una fuerte granizada, ¡oh qué cambio tan triste! Una hora antes parecia un pequeño paraíso, un momento despues es un campo cubierto de escombros. Sabed ahora, que lo que hace el granizo en una viña, lo hace el pecado en el alma. ¿Quién lo dice? El Espíritu Santo por boca de Ezequiel. Si el justo, dice, retrocede del buen camino y comete

¹ Thren. i, 8.

iniquidad, todo el bien que habia practicado será puesto en olvido, y será lo mismo que si no lo hubiese hecho: *Si autem averterit se justus à justitia sua, et fecerit iniquitatem... omnes justitiæ ejus, quas fecerat, non recordabuntur*¹. Notad, cristianos, aquella palabra *omnes*, que quiere decir *todas sin excepcion*. Una tempestad, por fiera que sea, deja uno que otro racimo en la viña; pero el pecado ¡ah! el pecado no deja en el alma el mérito de ninguna obra buena.

Obras buenas del alma justa, ¿quién podrá explicar vuestro valor? Juntad, cristianos, todas las obras ilustres que en el orden puramente natural han hecho los hombres mas insignes del universo, y sabed que todas juntas no valen tanto como un *Padre nuestro* rezado devotamente en gracia de Dios. ¡Ah! que una pequeña obra hecha en gracia, como seria una limosna, un ayuno, una mortificacion, pasa, digámoslo así, por las llagas de Jesucristo, y saca de ellas un valor inestimable: lo que obligó á un gran sábio á decir, que daría todo su saber por una *Ave María* bien rezada. Ahora bien: si perder una sola de estas obras es una pérdida irreparable, ¿cuál desgracia será perderlas todas?

Mi amado pecador, si yo pudiese hacerte ver el cúmulo de bienes espirituales que perdiste pecando, prorumpirías en un llanto tan amargo como aquel en que dió Esaú cuando hubo perdido su herencia. ¿Te acuerdas de tu niñez, de aquella dichosa época de tu inocencia, en que observabas la ley de Dios en todos sus puntos, frecuentabas Sacramentos, y vivías como un angelito? ¿Donde está ahora el mérito de tus virtudes adquiridas? ¡Ay! *non recordabuntur*, el pecado las ha disipado todas. ¿Tienes presente lo que sufrió tu amor propio al declarar aquel pecado en la confesion, la violencia que hubiste

¹ Ezech. XVIII, 24.

de hacerte para dejar aquel compañero, salir de aquella casa, y cumplir aquella penitencia medicinal? ¿En qué ha parado el fruto de tantas abnegaciones? ¡Oh dolor! *non recordabuntur*, Dios las ha puesto en olvido. Cuenta, si puedes, todo el bien que has hecho en tu vida, las misas que has oido, las oraciones que has rezado, las obras de misericordia que has hecho, las comuniones que has recibido, las mortificaciones que has practicado, y dime luego: ¿dónde tienes el fruto de tantas buenas acciones? ¡Oh desgracia! *non recordabuntur*, todo está perdido.

La historia refiere de un general romano que, despues de haber prestado grandes servicios á la república, fue acusado de un delito capital. Confiado en sus méritos, se presentó muy animoso ante el Senado; y mostrando á los jueces las gloriosas heridas que habia recibido en defensa de la patria, exclamó: ¿Es posible que servicios tan eminentes, que acciones tan ilustres, que heridas tan honrosas queden borradas por un solo delito? *Ita ergo uno errato tot decora delentur?* ¡Ay de mí! Muchos, á semejanza de aquel capitan romano, os presentaréis muy confiados en el tribunal de Dios, haciendo ostentacion de vuestras buenas obras; y viendo que Dios no las cuenta por nada, preguntaréis desesperados: ¿es posible que tanto bien quede olvidado por algunos pecados, y que despues de haber acumulado tantos tesoros celestiales, ahora me halle con las manos vacías? Sí, dice el real Profeta, nada encontraréis despues de la muerte en vuestras manos de todo el bien que hubiéreis hecho en vida: *Dormierunt somnum suum, et nihil invenerunt omnes viri divitiarum in manibus suis*¹.

No acaba aquí todo el daño que el pecado causa en el alma: al modo que la lepra priva de la comunicacion con los demás

¹ Psalm. LXXV, 6.

hombres, el pecado hace que se quede abandonado de Dios. Si yo os dijese que, apenas cometido el pecado, habia de oscurecerse el sol, temblar bajo vuestros piés la tierra, cerrarse las iglesias al acercaros á ellas, y volveros las espaldas los Crucifijos, ¡oh Dios, qué espanto os causaria todo esto! Pues ¿qué espanto debe causaros el saber que, apenas cometido el pecado, el cielo os da con sus puertas en la cara, el infierno se abre bajo vuestros piés, y Dios se retira de vosotros, os vuelve las espaldas y os abandona? Este abandono deja al alma en tal soledad, que contemplándola Jeremías, exclama: *Quomodo sedet sola civitas plena populo?* ¡Oh! ¿en qué triste soledad, en qué fatal abandono ha quedado esta infeliz alma? Antes Dios habitaba en ella como un esposo en su tálamo, como un rey en su trono, y cual señor en su templo; pero ahora la ha desamparado, dejándola sin arrimo ni asistencia, cual viuda que ha perdido á su esposo: *Facta est quasi vidua domina gentium.*

De ahí es, pecador mio, que, como dice el mismo Profeta, despues que el Señor se ha retirado de tí, no hay cosa en este mundo que pueda satisfacerte, ni aun las mismas criaturas que mas amas: *Non est qui consoletur eam ex omnibus charis ejus.* Los placeres y pasatiempos á que, para compensarte de la pérdida de Dios, te entregas, léjos de darte satisfaccion, aumentan tu inquietud y malestar. Nada te contenta, nada te satisface: todo lo hallas insípido, todo molesto é incómodo. Has perdido aquella alegría que tan amable te hacia á todos; y como si hubieses cambiado radicalmente el natural, te has vuelto frenético, intratable, molesto á tí mismo y á cuantos te se acercan. ¿Qué es esto? ¿Qué te falta?... ¡Ah! me respondes, yo mismo no me entiendo, nunca estoy de humor, alimento en mi corazon una melancolía genial, que me hace insoportable la vida.— Te engañas, pecador mio, no es la melancolía na-

tural la que te agita, sino la que la ausencia de Dios ha dejado en tu corazon. Esta es la víbora que te envenena, este el gusano que te roe, esta la furia que te rasga las entrañas. Con el pecado obligaste á Dios á ausentarse de tí: para suplir en algun modo su falta te has formado otros dioses de las criaturas, y les has levantado un altar en tu corazon; pero ¡ah! son dioses pobres que no pueden darte lo que deseas, son dioses pequeños que no pueden llenar la inmensidad de tu alma, son dioses crueles que te dejan suspirar sin procurarte el menor alivio.

¿Qué he de decirte yo en vista de esto, sino lo que la Iglesia dice al fin de las Lamentaciones de Jeremías? *Jerusalem, Jerusalem, convertere ad Dominum Deum tuum.* Alma pecadora, alma infiel, que conoces por experiencia propia lo que es estar apartado de Dios, vuelve, vuelve á él, que, aunque ofendido, al fin es tu Dios y tu Padre: *convertere.* Deja esas criaturas, que no pueden darte sino fastidio y penas; y torna á Dios, que es fuente perenne de satisfaccion y contento: *convertere.* Ven á llorar tus pecados, ven á detestarlos en la confesion, ven á echarte á los piés de tu Dios, que tiempo há te espera: *convertere.* Si lo haces, él restituirá á tu alma la hermosura que le quitó la culpa, él te devolverá los méritos que perdiste pecando, él tornará á habitar en tí por gracia y amor en esta vida, y tú habitarás en él por toda la eternidad. Amen.